

EN BUSCA DE LA ALEGRÍA

Por Laura Domínguez (Jánika)

Tarkas seguía al galope en pos de la leyenda. Llevaba toda su vida oyendo hablar sobre el bosque perdido y su fuente.

De pequeño creyó fervientemente en aquella historia popular, y, al crecer, al escucharla en noches de hoguera durante los descansos de la batalla, su mente siguió alimentando la idea de encontrar la fuente del bosque perdido.

Según la leyenda, en aquel bosque encantado había una fuente cuyo fruto ofrecía, al ser bebido, la alegría, la felicidad eterna.

Tarkas se prometió a sí mismo que la encontraría.

Por ello, cuando acabó la guerra, pidió a su rey como recompensa por los favores otorgados unas alforjas llenas de alimentos, una bolsa repleta de monedas de oro y un permiso especial para ausentarse hasta encontrarla. El rey se lo concedió a cambio de que volviese con una vasija llena del preciado líquido para él y su esposa.

De este modo, Tarkas partió con Presto, su mejor caballo.

El camino era largo, senderos insondables, zarzas y matorrales punzantes a su paso, trolls metomentodo que sucumbieron bajo el yugo de la espada del guerrero...

Las noches eran frías y solitarias, los días largos y pesados.

Al cuarto día, divisó a lo lejos, tras un sendero oculto en unas altas rocas, un paraje verde y frondoso.

-¿Será el bosque perdido?, se preguntó.

Aún sin saberlo se acercó al trote por el sendero, que le condujo hasta el inicio de un pequeño y poblado bosquecillo.

Bajó del caballo, lo tomó de las riendas y entró caminando al bosque.

Extrañamente se reunían allí las más variadas y dispersas clases de árboles.

Robles frondosos de ancho tronco junto a espigados cipreses se alzaban a ambos lados del sendero. Los pinos llenaban el aire con su fragancia, unida a la de los cerezos, los naranjos en flor y los rosales silvestres.

Y, a los lados del camino, el suelo se asemejaba a un tapiz de trébol y margaritas.

Tarkas dejó a un lado el sendero y se adentró entre los árboles.

Sus ojos se iban asombrando más y más ante el espectáculo natural que se le ofrecía:

Los fresnos se mezclaban con las acacias, la hiedra trepaba por el tronco de los sauces llorones, y el agua de un riachuelo próximo cantaba al chocar contra las piedras.

Tarkas ató las riendas de Presto a un tocón que se alzaba entre los matorrales de moras y madreselva y se acercó al riachuelo, guiado por su sonido.

Para él estaba claro que se hallaba en el bosque perdido.

Por todos era sabida la descripción de aquella maravilla legendaria. Aquel bosque encantado reunía en su seno todas las clases imaginables de árboles sin tener en cuenta la época del año, el clima, el terreno ni el origen.

Y, si el río estaba allí, siguiendo su curso, lo más probable es que encontrase la fuente.

Fue dejando atrás grupos de castaños, madroños y olivos dispersos a lo largo de las riberas del arroyo.

De repente, notó que a su izquierda se abría un claro en el bosque.

Al acercarse se dio cuenta de que allí solo había una florida pradera con un único árbol situado en el centro.

Un enorme magnolio en flor presidía el prado.

Sorprendido, vio asomarse tras su tronco a una grácil y extraña joven.

Sus rasgos eran hermosos e insólitos a la vez.

Los ojos, de una tonalidad ambarina que Tarkas jamás había visto antes, el pelo, largo,

liso y de un rubio tan claro como los pálidos pétalos de las magnolias, la piel, muy blanca y una sonrisa infinita en sus finos labios.

Tarkas se acercó a ella, que, en vez de ocultarse, le ofreció su mano, como invitándole a seguirle.

El guerrero, embrujado por la presencia de aquella extraña y dulce ninfa tomó su mano y la siguió.

Se sentaron en la pradera, junto al tronco del árbol.

Y ella, con una voz que parecía surgida del rocío, de la lluvia temprana, le preguntó qué había venido a buscar a su bosque.

Tarkas, cada vez más fascinado por su presencia, le explicó que había llegado allí llevado por la leyenda, en busca del bosque perdido para encontrar la fuente que le proporcionaría la alegría y felicidad eternas, y le preguntó a la ninfa si ella sabía donde podría encontrarla.

Ella, como toda respuesta, enlazó sus manos en las suyas y le besó en los labios.

Tarkas se quedó dormido.

Al despertar la ninfa yacía a su lado, enroscada a su cuerpo y la túnica color crema que antes vestía tapaba a los dos.

Él se levantó sobresaltado, buscando su armadura, su espada, sus ropas...

Ella le miró, con su eterna sonrisa, y él preguntó:

-¿Qué me ha pasado?, ¿Cuánto tiempo llevo aquí?.

Ella solo sonreía.

- Debo marcharme, he de encontrar la fuente.

- Espera, dime: ¿Cómo te sientes? - le dijo con su fluida y suave voz.

- ¿Qué importa eso ahora? ¡He de ir en pos de la fuente!.

- ¡Quédate! - le suplicó la ninfa asiéndole de la muñeca.

- Lo siento, he de irme.

Ella le miró con tristeza y volvió a ponerse la túnica mientras le veía recoger sus ropas y armas.

Devolvió la mirada un instante antes de partir y ella le puso en la palma de la mano la magnolia que llevaba en el pelo.

Tarkas, aturdido y dichoso aún, con un regocijo inexplicable para él y una mezcla de calma y entusiasmo absolutos, abandonó el claro del bosque, dejando atrás el magnolio y la ninfa.

Cuando llegó junto al arroyo, Presto, que había mordido las riendas hasta soltarlas del tocón salió a su encuentro.

Sólo entonces notó el guerrero que la flor que ella le había dado ya no estaba en su mano, mojada por el rocío.

Mientras tanto, junto al magnolio, en su tronco, volvió a manar el agua colándose entre los resquicios para surgir de la fuente de piedra blanca y suave, adosada al tronco del árbol.

Tarkas, al cabo de muchos años, murió creyendo que jamás encontró la fuente. Nunca se dio cuenta de que dejó escapar la felicidad eterna.

Y la ninfa siguió esperando por siempre en el magnolio la llegada de los que buscasen la alegría.

Fin

(c) Laura Domínguez Huertas

(Jánika)

27-1-2001